



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica los dos sábados siguientes al que aparece la Revista ★ Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. ★ Sección de Información Científica y Propaganda ★ Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Apartado 160. Central tel. 33 47 00 Madrid.

AÑO XVI N.º 322

MADRID, 3 DE MAYO DE 1958

1.º SUPLEMENTO

DEPÓSITO LEGAL M. 1.052.—1958

TRIBUNA LITERARIA

BAR EN EL ESTADIO

RAFAEL GARCIA SERRANO

El campo tenía cuatro bares, uno en cada esquina, y los cuatro bares eran de Herminio González. A Herminio González le dieron el bar del campo porque había sido jugador del club. Herminio nunca pasó del equipo reserva, y solamente una vez jugó en el primer equipo. Para que esto sucediese hubieron de producirse, al alimón, dos hechos fundamentales: una racha de lesiones entre los titulares y un ataque al hígado sufrido colectivamente por el Comité de Competición. De esto hacía ya muchos años y ni Herminio mismo se acordaba de ello; mucho menos el público, ni la afición, ni siquiera los más vehementes e históricos "hinchas". Cuando Herminio jugaba al fútbol, solamente acudían al campo los jóvenes, unas parejas de la Guardia Civil y los vendedores de naranjas, cacahuetes, chufas de leche, peladillas, "coquibilis de l'habanibilis" y caramelos. El campo estaba sin vallar, muy cerca de la estación del ferrocarril, y a veces el humo de las máquinas, que maniobraban aburridamente en la tarde dominical, se apelmazaba en cortinas de carbonilla, aprovechadas por la fulminante estrategia de los jugadores más listos. Las porterías se guardaban en uno de los almacenes de la estación, y los chicos del factor solían hinchar el balón los días de entrenamiento y los de partido. Los entrenamientos duraban horas y horas y no los dirigía nadie. Acudían al campo los jugadores y se estaban dándole a la pelota hasta que el sol, como un balón que cayese en las próximas huertas, se ocultaba tras de las matas de habas, las lechugas, las alubias y las coles. El balón mismo tenía

algo de vegetal y mercantil, como una buena calabaza. Acudían también los aficionados más distinguidos de la localidad, se quitaban la chaqueta, el chaleco y la corbata—algunos solamente se la aflojaban—, se remangaban ligeramente los pantalones y formaban equipos hasta de trece y catorce personas—si la tarde era muy buena, llegaban a alinearse en cada bando como veinte o veinticinco—, y allí se estaban pegando patadas a la bolita, patadones formidables, altos, largos, y el balón era como un alhigüí que convocase codiciosamente un denso ramillete de ciudadanos. Los jugadores profesionales, esto es, los que no podían pagarse de su propio bolsillo el viaje a los pueblos próximos, se distinguían de los que no lo eran en que se duchaban debajo de uno de los alimentadores de agua de las locomotoras. De la cantina de la estación traían vino con gaseosa y pan con chorizo, y de vez en cuando, lo mismo los profesionales que los aficionados y los espontáneos, se arrimaban a una de las porterías a echar un trago y atizarse un bocado, lo que no les impedía entrar al ataque o a la defensa, cuando el balón pasaba por sus proximidades. En el paseo próximo se veían parejas de novios, y en los atardeceres de primavera siempre había algún jugador que se quedaba solo tirando a gol y el balón

sonaba casi metálicamente, y ese sonido le recordaba a Herminio una novia que tuvo y que solía esperarle en uno de los bancos del paseo. Oía la tarde a tierra mojada, a embrocación y a vino.

Ahora todo era distinto. La estación había desaparecido, los balones los hinchaba un experto, con una máquina eléctrica; un entrenador dirigía los entrenamientos desde la banda; los entrenamientos eran a puerta cerrada; los periodistas exhibían su carnet para poder verlos y contar a sus lectores cómo iba "la cuadrada"; se hacían piernas, gimnasia, el oxígeno y las drogas habían sustituido a las antiguas merendolas; se explicaban las jugadas como problema de ingeniería o de táctica militar; el club era una gigantesca oficina, con una nómina casi ministerial, y en el campo había duchas de agua fría, de agua caliente, varios "waters", tan solemnes, que inspiraban un terror sagrado, y también, cuatro bares, uno en cada esquina. Los cuatro eran de Herminio. El balón, de vez en cuando, sonaba con aquella dureza metálica de otros tiempos; pero a Herminio no le esperaba su novia, ni había parejas en el viejo paseo, porque el andén y la alameda se habían transformado en una colonia de casas baratas, que quedaba en el centro mismo de la ciudad.

El primer bar de Herminio fué un aguaducho, y para entonces ya había caballeros maduros entre los seguidores del equipo. En los periódicos se hablaba del fútbol como de un deporte y no como de un suceso más o menos curioso o social, se publicaban retos de los equipos infantiles, se

(Pasa a la pág. siguiente.)

Palfium

Analgésico central
de acción rápida
y enérgica

daba el parte de los lesionados ilustres y el campo estaba muy lejos del casco urbano, cerrado por unos cañizos que acotaban comercialmente a que el extraño huerto en medio de un paisaje frutal. Cuando se tapió, Herminio levantó un bar cerca de la caseta de los jugadores y otro en el extremo opuesto. La primera vez que su club pagó una prima de traspaso coincidió con el tercer bar de Herminio, y cuando las obras de ampliación del estadio resultaron insuficientes y hubo junta general para tratar del asunto, Herminio instaló su bar número cuatro. En todos los proyectos de un nuevo estadio la red de bares figuraba siempre a nombre de Herminio.

Herminio tenía ya dos docenas de empleados; pero él servía personalmente en el bar de la caseta. Hacía ya mucho tiempo que el fútbol había dejado de interesarle como deporte y como espectáculo, y nunca decía: "Aquella tarde que ganamos dos a cero al Madrid", sino: "Aquella tarde en que hice una caja de veinticinco mil doscientas veintisiete pesetas con sesenta y cinco." El marcador era ya una caja registradora, y en el fondo, él seguía el campeonato en las cuentas corrientes, en las facturas, en la marcha de las letras y en el movimiento del mostrador. Hablaba poco de fútbol, pausadamente, con misterio, casi desdenosamente, como un viejo bonzo; y esta actitud le ganó muchas simpatías, porque en ella veían los periodistas y la afición un original rasgo de humanidad. Cuando declaraba: "El partido de hoy ha sido de diez mil duros", todos sabían que el equipo local le había zumbado a algún pez gordo. De todos modos, Herminio completaba su opinión así: "Para los tiempos que corren se ha jugado bastante bien, aunque, claro, para qué voy a hablar. Yo he conocido el verdadero fútbol."

El invierno era de café y coñac; la primavera, de cerveza y gaseosa, naranjadas y limonadas; el otoño, de café y coñac y cerveza y gaseosa. La victoria tenía el color del coñac y, en ocasiones, el color del champán. La derrota tenía el color del coñac y el aroma nervioso de las colillas; y el dinero de la derrota y el de la victoria valían lo mismo en el Banco. Los cuatro bares eran idénticos: circulares, y todos tenían un voladizo de pizarra para preservar a la clientela de la lluvia y del sol. Herminio dormitaba durante los partidos, y sólo

se despertaba como los buenos viajeros nocturnos, esto es, al llegar a las estaciones, en este caso al gol. Distinguir si un gol era favorable o desfavorable estaba al alcance de cualquiera, aunque ese cualquiera fuese un profesor universitario de psicología. Al bar de cerca de la caseta llegaban los hinchas fidelísimos, los hipersensibles, los que no podían quedarse tranquilamente en casa ni tenían corazón para ver el partido, y Herminio los veía retorcerse las manos, hacer muecas y aspavientos, sufrir más que los mártires cristianos, pedir tila, agua de azahar, aunque la mayoría de ellos encontraba inmejorables condiciones sedantes en el coñac. El coñac, observaba Herminio, era una panacea universal, un curalotodo de rechupete, la verdadera flor de la maravilla. Y el día en que llegó a esa conclusión elevó moderadamente el precio de la copa.

Había supersticiosos que creían que mezclando dos marcas determinadas favorecían la marcha de su equipo; otros, que dejaban de fumar si el "club de sus amores" atravesaba un momento de peligro, y no faltaban los que, con disimulo, se santiguaban cada vez que la delantera propia acosaba la red enemiga. Pero ni los místicos, ni los acetos, ni los supersticiosos dejaban de beber. Al terminar el partido rodeaban el bar los amigos de los jugadores, sus acólitos, los guardias de servicio y también los que querían pagarle al árbitro. Estos se dis-

tinguían a primera vista, porque invitaban mucho a los guardias y porque se convidaban a sí mismos, sin duda para hacerse el ánimo. Todos los bares del campo, salvo en tardes excepcionales, cerraban hacia la mitad del segundo tiempo; pero el de la caseta no, el de la caseta permanecía abierto hasta más allá del final. De su cafetera salían los cafés para los jugadores y de su fresca cueva, las gaseosas y las cervezas para los chicos, agotados por el esfuerzo, y también las escasas botellas de mejunjes, que buscaban acreditarse con la foto de los campeones probándolos, tras del esfuerzo. El "as" de turno posaba para el fotógrafo, luego escupía el buchecito y, por regla general, decía: "Valiente m..." Del bar de la caseta salía también el refrigerio del equipo arbitral, de los preparadores, de los directivos, de la guardia de seguidores y de los oficiales de la policía. Los periodistas solían echar allí la espuela, y Herminio, con el conserje, era el último en abandonar el campo.

La tarde dominguera, tan de colorines, le ponía triste. Recordaba que al fútbol iban ya las señoras respetables y los ancianos; que el fútbol era más viejo que él y ni siquiera la henchida cartera en que transportaba las recaudaciones de sus cuatro horas le consolaba del tiempo pasado, de la belleza perdida, y esta sensación le abrumaba físicamente, hasta el punto de sentir una fatiga superior a la de aquellos largos, interminables entrenamientos de su juventud. Escuchaba la voz metálica de los balcones del atardecer, aspiraba el humo de la estación que ya no existía, notaba sobre su cuerpo el agua negra del alimentador y volvía a saborear el vino con gaseosa de los porrones de antaño. ¿Qué habría sido de aquella muchacha cuya boca sabía a tinto y a carbonilla? Cada domingo creía que iba a morir al llegar a casa, pero cada domingo, al llegar a casa, ponía la radio para escuchar los comentarios deportivos y luego leía la colección de "El Ruedo", que le gustaba mucho. Le hubiera gustado saber si los toreros oían a embrocación. A veces le lagrimeaba el ojo izquierdo. Pensaba: "Se me ha metido una pizca de carbonilla". Pero él sabía que no era eso. Sabía que eran las lágrimas de un perro viejo y triste las que le brotaban del ojo izquierdo, que es el que está más cerca del corazón, y entonces una tenue melancolía le sonaba como una música de



INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A.
MADRID

balones metálicos, solitarios, en la tardada provincial y arrabale-
ra. La juventud estaba lejana,
fuera de juego, fuera de banda,
más allá de todas sus posibilida-
des. Y resultaba que un hecho
tan lamentable producía dinero.